

ALEJANDRO L. GARCÍA
TORTUGAS MARINAS:
¡VAMOS A JUGAR!

© 2023 Alejandro L. García

© 2023 Edición:

Adrián Naranjo (*www.adriannaranjo.com*)

ISBN: 979-88-51451-63-8

Todos los derechos reservados.

*A mis hijos, que algún día dirán «pero ¿papá escribió esto?»;
a mi mujer, que me indicó los primeros errores;
a mi madre, que se leyó el borrador del tirón;
a mi padre, que no se lo pudo leer
y a todos los chavales y chavalas que invierten una gran parte de su
tiempo que pasa tan rápido en hacer amigos a través del deporte.*

CAPÍTULO 1	
¿QUE HICISTE QUÉ?	11
CAPÍTULO 2	
¿TE QUIERES APUNTAR?	35
CAPÍTULO 3	
¿CUÁNTAS SE QUEDARON POR EL CAMINO? ...	55
CAPÍTULO 4.	
¿POR QUÉ ES LO MEJOR PARA MÍ?.....	79
CAPÍTULO 5	
¿ME VAS A AYUDAR?	105
CAPÍTULO 6	
¿SE TE HA IDO LA OLLA?.....	129
CAPÍTULO 7	
¿QUIÉN ERES TÚ?.....	153
CAPÍTULO 8	
¿PUEDEN LLEVARME?.....	183
CAPÍTULO 9	
¿DE QUÉ VA ESA?.....	211
CAPÍTULO 10	
¿VOLVEMOS?	229
CAPÍTULO 11	
¿DÓNDE ESTÁ?.....	249
CAPÍTULO 12	
¿DE VERDAD LA CONOCES?.....	271
CAPÍTULO 13	
¿ESTO LO HAS HECHO TÚ SOLA?	293
EPÍLOGO	307

CAPÍTULO I
¿QUE HICISTE QUÉ?

El timbre de final de clase sonó. El profesor no quiso alargar en exceso el sufrimiento de los chicos, por lo que no se demoró en abandonar el aula, dejando tras de sí una lluvia de lamentos y bostezos a partes iguales.

Marina se echó hacia atrás en su pupitre y a través de su larga melena morena estiró los brazos hacia el techo hasta oír un chasquido.

—Pensaba que no acabaría nunca —dijo, aliviada, en cuanto su estiramiento le permitió coger el aire suficiente para hacerlo.

Su amiga Nita, sentada detrás de ella, intentaba organizar sus notas a pesar de la enorme cantidad de pelo de Marina que ahora cubría su pupitre.

—¡Eh! ¿Te importa? —le dijo mientras lo empujaba con su bolígrafo fuera de los límites de su mesa.

—Lo siento... —Marina se sentó de lado, mirando hacia el resto de sus compañeros—. Esto no es normal. Es el segundo día de clases, deberíamos estar teniendo charlas agradables

sobre cualquier cosa en lugar de meternos de lleno en contenidos tan densos.

—Solo era un repaso.

—De algo que ya había olvidado para siempre.

Nita, viendo que no iba a dejarla concentrarse, puso a un lado el libro con el que repasaba la materia que iban a dar en la siguiente clase y se quitó las gafas.

—Estás morena aún, ¿fuisteis ayer a la piscina? ¿No la cerraron el domingo?

—¡Lo hicieron! Malditos... Pero en nuestro patio tenemos una pequeña de plástico que no cierra bien y se vacía en una hora, pero cualquier lugar al sol me servía si quería mantenerme a juego contigo hasta el final, con ese tono chocolate con leche tan apetitoso... ¡Ñam!

—Lo mío es natural.

—No sé, no sé... ¿Seguro que no destiñes? —Marina le pasó un dedo por la mejilla y lo observó detenidamente, como si realmente dudara de ello.

—¡Qué boba eres! ¿Por qué no le haces caso a la que tienes sentada delante?

Marina se giró hacia el pupitre que estaba delante de ella y dio un pequeño bote en el asiento al ver la cara de su hermana Aurora.

—¡Ah! ¡Un zombi! —exclamó.

Estaba acostumbrada a verla en sus momentos más bajos, es decir, recién levantada por las mañanas, pero esto excedía aquello. Su pelo, tan largo que le llegaba hasta la cintura, no recibía todo el cuidado que precisaba y siempre lucía

despeinado, pero, en aquel momento, más bien parecía un ser surgido de un pantano, enredado en una maraña de vegetación insalvable de la que solo destacaban sus ojos azules.

—Tienes una pinta terrible, Aury. ¡Menudas ojeras! —añadió Nita.

—¡Mi hermana es un zombi! —insistió Marina fingiendo desesperación.

—¿Es que no dormís por las noches?

—Es un muerto viviente...

Aurora intentó abrir la boca, pero una mezcla de aburrimiento y sueño la venció y dio con la cara contra la mesa de su hermana con un golpe seco.

—¡Qué mona es! Como un monstruito hecho de pelo. — Marina, lejos de preocuparse por el estado de Aurora, juguetaba con ella, cogiendo todo el pelo que podía con sus manos para luego lanzarlo al aire como si fuera espuma.

—No juegues así con su pelo, ya lo tiene bastante despeinado.

—Es igual. Se va a pasar la próxima hora lamiéndoselo.

Nita hizo una mueca de disgusto. Siendo la mejor amiga de ambas en el instituto, estaba familiarizada con las peculiaridades de Aurora, pero no podía dejar de pensar en todo con lo que aquella larguísima melena había podido entrar en contacto durante el día.

—¡Es asqueroso! —exclamó cuando ya no fue capaz de seguir pensando en ello.

—La verdad es que sí que dais bastante asquete. —Estas palabras las pronunció detrás de ellas una voz familiar.

Marina echó la cabeza hacia atrás hasta que consiguió ver quién acababa de incorporarse a la conversación. La recién llegada las miraba con una pose altiva, los brazos cruzados bajo su pecho y una expresión que no trataba de disimular lo que la incomodaba haber tenido que ir a su clase a hablar con ellas.

—¡Hombre, Susana! Hacía tiempo que no percibía tu olor característico —dijo Marina dándose la vuelta para confrontarla.

En realidad, no era que oliera mal, pero ella le sacaba el tema siempre que veía la oportunidad para burlarse de la cara de mal genio que solía poner cuando la veía. Con los pómulos tan marcados, tan delgada y siendo rubia, había nacido para ser la mala de la película, aunque no siempre fue así.

—Me preocuparía si mi hermana se dedicara a lamerme el pelo cada dos por tres —le respondió Susana con rapidez.

Marina notó los tirones que le provocaba la actividad de su hermana, nerviosa ante la presencia de Susana, pero prefirió no mirar, actuar con naturalidad y cambiar de tema.

—Bueno, ¿qué tripa se te ha roto? ¿Vienes a confesar que rompiste el cristal de la ventana del pasillo? Sé que fuiste tú —canturreó.

—¿Yo? ¡Qué dices!

—¿No es cierto que te viste en su reflejo y te encolerizaste al ver tu fea cara de mona?

Susana fingió que no le había afectado, pero el rubor en su rostro la delató.

—Aquí el único simio que hay es ella —dijo señalando a Aurora—, que apenas se comunica por signos.

—Bueno, bueno... Dejadlo estar, chicas —intervino Nita para calmar los ánimos.

—No sé cómo te juntas con ellas, Nita.

—Cercanía, costumbre... Quién sabe por qué una se hace amiga de alguien.

—¡Vaya! Acabas de bajarme la autoestima —susurró Marina.

—¿Aún más, rarita del pelo lleno de babas de su hermana?

—¿Quieres unas pocas? —Se pasó la mano por la zona que acababa de saborear su hermana y se la ofreció.

Susana tembló de grima.

—En fin, al grano —dijo, una vez recuperada del repelús—. Os comunico que ayer...

Aurora se levantó de pronto, con la mirada fija en la puerta y cara de estar en peligro. Marina se quejó, pues no había soltado su pelo al levantarse. Susana se asustó y, al dar un paso atrás, tropezó con el pupitre de al lado y cayó al suelo. No le dio tiempo a levantarse antes de que Aurora pasara por encima de ella corriendo hacia la puerta de la clase. Marina, liberada al fin del bocado de su hermana, salió detrás de ella, disculpándose con el profesor de la última hora, que en esos momentos hacía su entrada en el aula.

—Vas a llegar tarde a tu clase —le dijo Nita a Susana mientras se volvía a poner las gafas y preparaba su material escolar.

Susana abandonó el aula dolorida e indignada.

El aseo de chicas de aquel pasillo tenía solo dos cabinas, pero de la puerta de una de ellas colgaba un cartel que anunciaba que estaba fuera de servicio. En su interior, Emma esperaba a

quedarse sola. La postura era incómoda: acucillada sobre el asiento del wáter, que, por algún motivo, no tenía tapa, sin hacer ruido e intentando que no se la pudiera ver tampoco por encima de la puerta.

Las dos chicas que aún permanecían allí se retocaban el peinado mientras mantenían una conversación que estaba consiguiendo irritarla.

—¿Sabes? ¡Se lo he dicho! —habló la primera de ellas.

—¿El qué? ¿Eso?

—¡No! ¡Claro que no! Eso.

—¿En serio? ¿Eso?

—Como lo oyes.

—¿Y qué te ha dicho?

—Pues eso también.

Ambas rieron, y con cada carcajada y cada «eso» se incrementaba la temperatura interna de Emma.

El timbre sonó. Las chicas abandonaron el aseo sin sospechar lo cerca que habían estado de conocer cómo se siente una escobilla atrancada en la garganta; a su vez, Emma sintió que su temperatura bajaba hasta parámetros que mantenían su ira controlada.

Sin perder tiempo, con movimientos ágiles, se puso en pie sobre uno de los lavabos. Abrió la estrecha ventana que ocupaba la mitad del largo de la pared, lanzó a través de ella su mochila y, a continuación, colocó uno de sus pies en la ventana, haciendo gala de una formidable elasticidad.

La puerta se abrió con un fuerte golpe. Emma se desestabilizó, y todo su peso descansó sobre el lavabo, que no lo resistió

y se desprendió de la pared, cayendo al suelo y cubriéndolo de loza, al tiempo que la chica daba con su espalda sobre el mismo lugar. Ahí se quedó unos instantes, mirando cómo Aurora cerraba la puerta de la cabina lentamente, sin apartar la vista de ella y sin decir ni una palabra.

—¡Ostras! ¿Estás bien? —Marina, que entró detrás de su hermana, se acercó a Emma, que pretendía ponerse de nuevo en pie, pero el dolor en su costado la devolvió de nuevo al suelo.

—Necesito un segundo —respondió cogiendo aire antes de cada palabra.

Pasado el segundo, Emma se incorporó poco a poco, sin aceptar la ayuda de Marina y visiblemente enfadada.

—¡Tú! —gritó señalando la puerta cerrada de la cabina.

Por el resquicio entre los paneles Aurora la seguía observando, temblando de miedo.

—¡Por favor! ¡Perdónala! —le pidió Marina—. No lo ha hecho con mala intención. Es que... tenía pis.

—¿Por eso no podía entrar como una persona normal?

—Es que... Era mucho pis.

Emma la miró y se preguntó si le estaba tomando el pelo o si estaban tan locas como parecía.

—No tengo tiempo para esto. —Se dirigió de nuevo al lavabo, pero, como ya no estaba, no había manera de que pudiera alcanzar la ventana—. ¡Mierda!

—¡Señorita, Durán! Guarde esa expresión para cuando esté en el mundo salvaje —dijo una voz masculina desde la puerta.

Era Marcelo Rebollo, director y máxima autoridad en el centro, respetado, o más bien tolerado, por todos los alumnos. Sus chalecos de color marrón desgastado habían sido el origen de cierta canción malintencionada sobre el lugar de donde los sacaba.

—¡Director Rebollo! —exclamó Marina.

—Basta solo con «director», señorita Moreno. —Se ajustó las gafas, que solían deslizarse por su nariz cuando se enfadaba, se tiró del chaleco hacia abajo, y entró en el aseo—. Tampoco es que haya más directores, ¿verdad, señorita Durán? —preguntó ahora a Emma.

Esta, que había permanecido completamente inmóvil desde que el hombre llegó, encontró finalmente qué decir.

—¡Este es el aseo de chicas! —gritó con todas sus fuerzas.

El director, horrorizado tanto por el grito como por el hecho de que una de sus alumnas estuviera haciendo sus necesidades a dos metros de él, salió del aseo de un salto y se ocultó de su vista poniendo la espalda contra la pared.

—Hagan el favor de salir y venir conmigo a mi despacho —gritó con la voz entrecortada sin atreverse a mirar hacia la puerta.

Tan alterado estaba que Marina no puso objeciones y salió. Emma la siguió y Aurora se quedó sola en el aseo, sacando la cabeza con timidez para ver cómo se alejaban por el pasillo y sin saber si seguir las, volver a su clase o quedarse allí lo que quedaba de hora o de semana.

El despacho del director estaba en el piso superior del mismo edificio. Era una estancia sin mucha decoración y con el mobiliario justo: un escritorio algo pequeño y algunas sillas, aparte de un sofá que había vivido tiempos mejores unas décadas atrás y que bloqueaba la apertura de un armario, de la misma época, que más parecía estar castigado en un rincón que servir para su propósito inicial.

Emma y Marina se sentaron en dos de las sillas, pero no eran las únicas alumnas allí.

—Señorita Durán —comenzó el director dirigiéndose a Emma—. Ha destrozado uno de los lavabos del aseo femenino, estaba fuera de su clase cuando el timbre ya había sonado, lleva un chándal negro en lugar del uniforme y ha arrojado su mochila por una ventana. —Cogió la mochila de Emma, que estaba junto a él en el suelo, y la puso sobre la mesa—. ¿Me olvido de algo?

Marina prestó ahora un poco de atención a la ropa que llevaba Emma. En lugar del polo blanco, la falda a cuadros azules y blancos y las medias a juego que formaban parte del uniforme y que ella misma llevaba, vestía un chándal muy estiloso completamente negro y abrochado hasta la barbilla. Lo único que destacaba en él era el pequeño bordado en color blanco sobre su pecho izquierdo. Un bordado que Marina conocía muy bien. Todo ello hacía que la cabeza de Emma destacara, con su piel pálida, sus labios finos de rojo natural y su melena castaña, que no llegaba a descansar sobre sus hombros.

—¿Cómo es posible que tenga mi mochila? —preguntó Emma muy sorprendida.

—Eso no es lo que nos ocupa en estos momentos, señorita.

—¡Fantasmas! —gritó Marina ante la confusión del resto.

—¿Cómo dice, señorita Moreno?

—El mapache fantasma. Todo el instituto lo conoce.

Emma miró a Marina retomando su pensamiento de si estaba en sus cabales.

—Así que es de dominio público —añadió el director.

—¿Qué? —dijeron ambas a la vez. Una, porque empezaba a pensar que en aquel instituto estaban todos locos; la otra, porque lo del mapache se lo acababa de inventar.

—Verán, señoritas. En este instituto pasan cosas. Yo me resistía a admitirlo, pero ahora no tengo dudas. ¿Ven ese armario? —Las dos chicas se giraron para verlo—. El sofá no está ahí por gusto.

—Estoy alucinando —murmuró Emma.

—Disculpe, director —interrumpió Marina—, ¿tiene eso algo que ver con la chica de pelo rosa bajo enormes cascos y aparente ausencia de vida que está sentada a mi lado?

Emma miró asustada a la chica. Era cierto que parecía muerta o, al menos, catatónica; su respirar era tan suave y tan tranquilo que no parecía existir. El director se levantó y avanzó hacia ella acariciándose la barba. Las otras dos permanecieron expectantes mientras él se inclinaba sobre ella.

—¡Señorita Parra! —gritó sin contemplaciones a escasos centímetros de su cara, pero las únicas que se asustaron fueron Marina y Emma. La interpelada, en cambio, no se movió ni un ápice.

—¡Lo sabía! ¡Está muerta! —gritó Marina, ahora más convencida que cuando bromeó con ello.

Emma entró en pánico al escucharlo, pero, unos segundos después, la chica despertó como si no hubiera ocurrido nada. Deslizó los cascos hasta que quedaron colgando de su cuello y, sin abrir completamente los ojos, miró a su alrededor, reconociendo el terreno.

—¡Ah! Hola, director —dijo con una voz tranquila que provocaba sueño con solo escucharla—. Hola, chicas, ¿qué tal estáis? Me llamo Penélope.

Emma no dijo nada.

—Yo, Marina... Oye, ¿seguro que estás bien?

—Sí, solo es un poco de sueño, nada más...

—¡Y ahí vuelve a dormirse, señores! —aplaudió Marina—. Me cae bien.

—Me alegra escucharle decir eso —intervino el director—. Las tres van a ir a arreglar todo el desastre que han organizado en el aseo.

—¿Arreglar? Querrá decir «limpiar».

—He dicho lo que he dicho, señorita Moreno.

—¡Un momento! ¿Qué pasa con la otra? La que estaba en el wáter —protestó Emma.

—¿Qué ocurre con ella, señorita Durán?

—Nada de esto habría pasado si no hubiera dado ese portazo. Además, también estaba fuera de clase después del timbre.

—Desconozco su identidad, pero tomo nota.

—¡Eh! Deja a mi hermana tranquila.

—¡Ah! Ya veo... —El director comprendió de quién se trataba y tachó lo que acababa de anotar—. Por favor, no me haga perder el tiempo. La señorita Moreno es un ángel sobre la tierra.

—¡Gracias! Me pone usted colorada.

—¡Usted no! La otra señorita Moreno.

—Ya lo sabía.

—¿Y por eso no la castiga? —insistió Emma.

—Te recuerdo que estabas subida encima de un lavabo, mona —dijo Marina.

—¡A ti qué te importa!

—¡Basta ya! No quiero malas vibraciones en mi despacho.

—El director dijo esto sin quitar el ojo del armario—. Cojan a la señorita Parra y pónganse ya con ello.

Emma iba a protestar de nuevo, pero el hombre había desaparecido. Marina le hizo señas para que mirara debajo de la mesa. Por ahí sobresalía una de las manos del director, que se había escondido queriendo hacer como que había desaparecido mágicamente.

Las clases habían finalizado unos minutos antes de que Emma llegara al aseo seguida de Marina con Penélope sobre la espalda. A pesar de la situación en la que se encontraba el lugar, las alumnas no habían dejado de acceder a él, por lo que estaba peor que cuando se fueron.

Marina dejó a Penélope sobre el wáter que conservaba su tapa y observó el espectáculo intentando calcular el tiempo que les llevaría dejarlo decente.

—¿No te vas a escapar otra vez? —le preguntó a Emma con algo de sorna.

—No. Ya da igual...

Emma cogió una fregona. Marina la observó durante un instante, cogió el cepillo y cada una empezó por donde le pareció mejor. Estuvieron cerca de media hora frotando con saña hasta que Marina volvió a abrir la boca.

—¿Te esperaba alguien fuera?

—¿Es que te importa?

—Simple curiosidad. A mí me daría muchísima pereza tener que ir al pabellón de los Cisnes desde aquí en transporte público.

Emma dejó de fregar.

—¿Cómo sabes lo de los Cisnes? —Emma dejó de fregar, sorprendida.

—Llevas el chándal, ¿no? Cualquiera que juegue al voleibol en esta región conoce a los Cisnes y su obsesión por el negro.

Emma se miró la ropa y luego escrutó a Marina: era bastante alta y parecía en buena forma física.

—¿Tú juegas?

—Sí. Mi hermana y yo jugamos en las Tortugas, aquí, en el pueblo.

—¿Las Tortugas? ¿No es ese equipo tan malo con un entrenador que tiene cara de rata?

—¡Ese mismo! Aunque no somos tan malas. Lo que pasa es que no tenemos un entrenador de verdad y la gente pasa mucho de entrenar con él.

—¿Por qué no os vais a otro equipo?

—Es complicado... Yo sí podría, pero mi hermana no puede y yo quiero jugar con ella, así que...

—Sí que debe de ser mala tu hermana.

—¡De eso nada! Lo dices porque estás resentida.

—Es cierto que no os presté mucha atención cuando jugamos porque fueron partidos en los que rotamos mucho, pero, por eso mismo, porque las Tortugas sois malísimas.

Marina suspiró y siguió a lo suyo. Al entrar en la cabina en la que había depositado a Penélope, no la encontró.

—Yo creo que de verdad es un fantasma —dijo señalándole la desaparición a Emma, que se asustó de nuevo.

—Hablando de eso —dijo entonces para cambiar de tema y no pensar en espíritus ni en muertos—, ¿el director está bien de la cabeza?

—Es tu primer año, claro. —Marina sonrió—. Es peculiar, pero buena gente.

—A tu hermana la adora.

—Es que Aury es adorable —respondió marcando el «es».

—¿No te molesta que no esté aquí?

—¿Por qué habría de molestarme?

—Te estás comiendo tú el castigo y solo estabas fuera de clase cuando no debías.

—Ya, pero es mejor que solo una lo pase mal, ¿no crees? Además, tampoco es para tanto.

Emma miró alrededor intentando descifrar cómo sería peor aquello para Marina; quizá si se hubiera caído el techo sí sería «para tanto». Miró con desconfianza hacia arriba mientras reanudaba la conversación.

—No se ha quedado ni siquiera para ayudarte o para ver qué tal estabas.

—Eso no es culpa suya. Aury tiene clases de apoyo cada cierto tiempo. Normalmente la acompaño yo, pero hoy tendrá que ir con nuestra madre. Es importante que no se las pierda.

—Supongo que, siendo tu hermana, es diferente.

—¿No lo harías por una amiga?

—¿Por una amiga?

—Sí, por tu mejor amiga. Piensa en ella.

Emma no tuvo que pasar por el trago de encontrar una chica a la que pudiera considerar de aquel modo, ya que la puerta del aseo se abrió y Penélope volvió a aparecer.

—¡La muerta durmiente! —exclamó Marina, que llevaba un buen rato queriendo soltar su última ocurrencia.

Penélope obvió su comentario y entró. Las dos chicas miraron a la pequeña muchacha llevando a cuestas un pesado lavabo y una tapa de inodoro en su interior. Sin decir nada, le tendió la tapa a Marina, colocó el lavabo en su sitio, y antes de que pudieran asimilar lo que pasaba, lo atornilló todo con las herramientas que sacó de su propia mochila.

—Listo —habló Penélope al fin—, ¿necesitáis que os ayude con eso? Tenéis la boca abierta, estáis muy gracias —rio.

Marina llegó a casa una vez finalizado el castigo con el tiempo justo para coger su ropa de entrenamiento, a su hermana, casi de manera literal, y marcharse al polideportivo. Cuando llegaron a pie de pista, esta aún estaba ocupada.

—¿Aún no han acabado los de...? ¿Qué narices es esto?
¡Aury, mira!

Aurora observó con curiosidad a aquellas personas organizadas en grupos que lanzaban un balón gigante de un lado a otro.

—Es más raro que vosotras, ¿verdad? —dijo una voz familiar.

—¡Susana! De nuevo interviniendo en conversaciones ajenas. ¿Por qué están ocupando nuestra pista?

La otra las miró desde la altura que le permitían las gradas, apoyada sobre la barandilla.

—Muy fácil, porque no es «nuestra» pista. Ayer mismo disolví el equipo.

—¿Que hiciste qué? —Marina, que ya estaba roja por el esfuerzo realizado para llegar a tiempo, ahora irradiaba calor como una estufa por el enfado.

Aurora, sin embargo, asistía fascinada a las idas y venidas del balón gigante y a todas aquellas personas que se lanzaban al suelo para evitar que lo tocara.

—No éramos suficientes. Las de último año ya no están, y detrás de nosotras no hay nadie más.

—¿Y las que entraron de primer año?

—No han seguido... Creo que alguna está ahí abajo ahora mismo.

Marina no se lo podía creer al principio, pero pronto comprendió que Susana estaba diciendo la verdad.

—¡Eso es por vuestra culpa! ¡Quién iba a querer quedarse en un equipo en el que el entrenador no sabe nada y solo se

dedica a darse el lote con la capitana! —Los gritos de Marina provocaron en Susana un gesto de desprecio, pero se contuvo para no entrar más en la discusión—. ¡Y parece una rata! —insistió.

—¡No te pases ni un pelo, rarita! —estalló Susana.

—¡Me paso lo que me da la gana! ¡Vámonos, Aury!

Marina cogió del brazo a su hermana y abandonaron el pabellón. Susana se quedó donde estaba, viendo el juego en la pista, con la mente en otras cosas muy distintas, pero que para ella ahora eran lo más importante. Sin darse cuenta, había sacado de su bolsillo una púa de guitarra, que no tenía nada de especial salvo su origen. Jugaba con ella en su mano mientras recordaba a aquél por el que dejó de preocuparse por todo lo demás, los conciertos a los que le siguió en verano, las amigas que había alejado de sí... Apretó la púa en su puño y volvió a guardarla en el bolsillo.

Marina y Aurora se saltaron la cola que había en las oficinas del polideportivo y entraron directamente a hablar con el responsable.

—Chicas, tenéis que esperar vuestro turno —les indicó este con resignación.

—No se levante, señor responsable de los deportes del pueblo, solo será un momento —le interrumpió Marina.

—No estaba levantándome... Me llamo Juan, por cierto, y este pueblo tiene nombre.

—Larguísimo, no hay tiempo para eso. —El hombre suspiró—. Señor responsable de los deportes del pueblo, Juan

—continuó Marina—. Mi hermana y yo venimos a decirle que lo de disolver el equipo de voleibol es un error y queremos recuperarlo, así como nuestras horas de entrenamiento.

—Vuestra capitana ya tomó la decisión y hemos reasignado las horas y el dinero.

—¡Pero nosotras sí queremos jugar!

—¿Cuántas sois?

—Ahora mismo no sabría decirle. Tendría que reunirnos, contarnos...

—Tu hermana y tú solo, ¿verdad?

—Así, sin pensarlo... Sí.

El responsable soltó un resoplido y movió los papeles sobre su mesa.

—Mirad, vamos a hacer una cosa. Encontrad ocho compañeras más al menos y veremos lo del equipo.

—¡Hecho!

—Y un entrenador titulado.

—Hecho.

—Al que tendréis que pagar vosotras mismas.

—Hecho...

—Hacedlo y podréis jugar este año aquí. Pero daos prisa, en un par de semanas cerramos el plazo.

—¡Muchas gracias! ¡No se arrepentirá!

—No sé yo... Una cosa más.

—¿Más?

Poco después, llegaron a casa, donde, Patricia, su madre, luchaba por cerrar la puerta de la lavadora.

—No te lo vas a creer, mamá —habló indignada Marina nada más poner un pie en la cocina.

—Desde luego que no, cada semana miro todo lo que hay para lavar y me pasa lo mismo, que no me lo creo. ¿Quién se ocupaba de la lavadora esta semana?

—Eso no importa ahora —respondió menos indignada, por la cuenta que le traía.

Patricia le dio un empujón más a la puerta y consiguió cerrarla.

—¿Qué ha pasado, entonces?

—No tenemos equipo.

—¿Cómo?

—Susana lo ha dado de baja. Dice que porque no somos suficientes.

—Pero podríais encontrar jugadoras nuevas.

—Sí... Aunque no sé si todas las que necesitamos. De todos modos, ya está hecho. Nuestra pista es ahora de una gente que juega con un globo.

A Aurora se le iluminó la cara al oír eso.

—Entonces...

—Sí. —Ambas miraron a Aurora, sumida en sus pensamientos. Lo sentía mucho, puede que más que su hermana, solo que no lo sabía exteriorizar—. De todos modos —prosiguió Marina—, nos han dado una posibilidad: tenemos que ser diez chicas y un entrenador, pagarle nosotras y solo nos dejan entrenar los sábados a las ocho de la mañana —se sintió morir por dentro al decir lo de «las ocho de la mañana».

—Entonces mejor que os pongáis enseguida con ello.

—¡Eso es!

—Después de ducharos.

—¡Sí!

—Y después de cenar.

—Sí.

—Y después de explicarme por qué has estado castigada hasta las mil.

—No formaremos el equipo nunca...

Emma no volvió directamente a casa como Marina. Aunque sabía que no podría, quiso intentar llegar al entrenamiento de los Cisnes. Después de recorrer la tercera parte del camino, antes de tomar el tren, la razón la venció y cogió el autobús de vuelta a casa.

Sentada, más bien recostada, con un pie pisando el borde del asiento enfrente del suyo, la cara oculta hasta la nariz en el cuello de su chándal y los auriculares puestos, miraba por la ventana. No le gustaba el pueblo. Echaba de menos su anterior casa y, sobre todo, su anterior equipo.

Absorta en sus pensamientos, hasta el tercer intento no escuchó a la chica que la saludaba. Emma la miró con sorpresa, pues tenía su cara muy cerca de la suya.

—¿Es esto tuyo? —La chica le mostró un móvil al que deberían estar conectados sus auriculares, lo que quería decir que llevaba un buen rato sin escuchar nada por ellos y no se había dado cuenta. Emma lo cogió y se lo guardó en silencio.

—¿Puedo sentarme? —insistió la desconocida esperando iniciar una conversación.

Quitó el pie de donde lo tenía puesto y permitió que se sentara frente a ella, aunque pensaba que bien podría haberse sentado en otro lugar y no allí precisamente. Una vez sentada, siguió mirándola. Emma trató de ignorarla, pero acabó cediendo.

—Gracias.

—¡No hay de qué! —Como Emma no alimentaba la conversación, continuó—. Me llamo Eva.

—Emma —contestó sin apartar la mirada de la ventana.

—Juegas al voleibol, ¿verdad? —Eva señaló las rodilleras que asomaban por su mochila. Con esta pregunta consiguió su atención. Emma se colocó un poco mejor en el asiento, miró a Eva y entonces la vio por primera vez—. ¿Ocurre algo?

—No, nada...

—¿Mi aspecto? Colorido, ¿verdad? —Eva se giró un poco hacia cada lado para mostrarse mejor. Con una cinta ancha azul mantenía en su sitio su pelo de un rubio tan amarillo que dejaba dudas sobre su naturaleza; debajo, una sonrisa constante y, debajo de esta, un pañuelo naranja, casi rojo, que, atado a su cuello, tapaba más que el top de tirantes también naranja, pero más claro, que llevaba—. ¿Y bien?

—Me gusta tu cinta —respondió por decir algo.

—¡Gracias! ¿Sabes? La vida es algo más que blanco y negro... ¡Perdona! No quería meterme con tu ropa.

—No es que siempre vaya de negro, es solo un uniforme.

—¡Ah! ¿De tu equipo?

—Sí.

—¡Qué guay! Yo jugaba cuando iba a clase.

—¿Acabaste ya?

—Lo dejé en cuanto tuve edad para trabajar. Ahora estaría en el último curso. ¿En qué curso estás tú?

—En el último.

—¡Tenemos la misma edad!

—Sí, supongo.

El autobús llegó a la parada de Emma, pero no se tuvieron que despedir, pues también resultó ser la de Eva. Se miraron con curiosidad y caminaron en la misma dirección hasta que ambas se pararon frente a sus respectivas casas. Una al lado de la otra.

—¡Somos vecinas! ¡Eres la chica que se mudó con su madre hace poco! —Eva estaba tan emocionada que quería abrazarla, pero se contuvo—. Entonces, ten.

Le tendió su teléfono para que le diera su número. Emma, aún impresionada por la casualidad y apabullada por la energía de su vecina, lo cogió por inercia, introdujo el número y se lo devolvió. Eva le dio un toque y, por primera vez en mucho tiempo, a Emma su móvil le recordó que tenía melodía.

—¡Ya somos amigas! Ahora tengo que meterme en casa, pero hablamos, ¿vale?

Emma no respondió, solo asintió con la cabeza. Cuando Eva desapareció a través de su puerta, ella cruzó la suya, sin entender muy bien qué había pasado.

Ya de noche, en el instituto, el director entró en el aseo, un poco temeroso aún por el grito de Emma, que resonaba en el interior de su cabeza una y otra vez, pero creía haber

oído cómo alguien tiraba de la cadena, lo cual era sumamente extraño, pues no podía haber ninguna chica allí a esas horas. En efecto, no había nadie, así que se convenció de que había sido su imaginación.

Volvió a su despacho para recoger sus cosas. Todas las luces estaban encendidas, ya que jamás se le ocurría entrar a oscuras para no darle ventaja al fantasma, cuya existencia ya sospechaba y hoy le habían confirmado. Nada más abrir la puerta, escuchó un crujido que provenía del armario. Cuando el escalofrío que recorrió su espalda se disipó, reunió el coraje suficiente para acercarse unos pasos, hasta llegar al sofá, que ya no estaba taponando la puerta.

—¿Señor mapache? —preguntó muy asustado, casi petrificado.

No hubo respuesta.

Hablar en voz alta le había aportado el valor necesario para asir la puerta del armario, pero esta no se abrió a pesar de no estar cerrado por fuera. Volvió a intentarlo. No fue capaz de abrirlo. Continuó con sus intentos hasta que oyó un ruido fuera de la oficina, y, pensando que el fantasma podría estar observándolo desde ese otro lugar, cogió sus cosas de la mesa y se fue corriendo lo más rápido que pudo, gritando cosas ininteligibles.

CAPÍTULO 2

¿TE QUIERES APUNTAR?

Marina tanteaba el plato con el tenedor planteándose si la mezcla que había elegido era salubre. Aurora, que no tenía ningún filtro en lo que a comida se refería, devoraba la suya a una velocidad que hacía temer por su seguridad y la de quienes pasaban a su lado. Nita había escuchado toda la historia de boca de Marina y aun así no había perdido el hilo de lo que estaba leyendo mientras comía.

—Así que Susana ha desmantelado el equipo y ahora tenéis que encontrar jugadoras, entrenador y convencerlas para que madruguen los sábados —resumió Nita.

—Sí. La muy ruin esperó a que llegáramos allí para soltárnoslo —respondió Marina a la vez que aplastaba un poco más su comida con el tenedor.

—No es que me caiga bien, ya lo sabes, pero seguramente vino a clase a contároslo.

—La muy ruin.

—Veo que no te voy a sacar de ahí. Por cierto, ¿quién es la nueva? —dijo señalando a la chica que dormitaba en el asiento junto al suyo.

—Es Penélope, compañera de castigo, amiga del alma y nueva integrante del equipo.

—¿Tan rápido? —Nita conocía de sobra a Marina, sin embargo, en ocasiones aún la sorprendía.

—Todo se magnifica en prisión.

—Solo estuviste unas horas limpiando un aseo.

—¡Silencio! Intento dejar ese capítulo de mi vida en el pasado y vivir una nueva a partir de ahora.

—Diría que no hay quien esté peor de la cabeza que tú, pero tu hermana acaba de romper el tenedor de un mordisco y no ha dejado de comer por ello.

—¡Aury, ten cuidado! No ganamos en casa para repararte los dientes.

Mientras Marina trataba de que Aurora expulsara el trozo de tenedor, Nita echó un vistazo alrededor. Le llamó la atención una chica pequeña de ojos enormes que saltaban de su cara, sin rastro de grasa, como le ocurría al resto de su cuerpo, lo que le daba una apariencia de fragilidad que, seguramente, era real.

Vio cómo pasaba por la zona de comida con movimientos torpes, pero no cogió una bandeja. Salió de allí, pasó por las mesas realizando un zigzag y se dirigió a la salida, pero no pudo llegar, pues se tropezó con Susana y ambas acabaron en el suelo junto con la comida de esta.

—¡Se puede saber en qué estabas pensando! —protestó Susana aún en el suelo.

La chica, asustada, no fue capaz de responder. Susana se puso en pie y se marchó malhumorada en busca de un lavabo

en el que limpiarse. Ella miró la comida desparramada e hizo un ademán de coger el pan, pero sentir tantos ojos sobre sí le hizo detenerse.

—¿Estás bien? —le preguntó Nita ofreciéndole su mano. La chica levantó la mirada y la agarró con timidez. Nita la levantó del suelo con mucha facilidad; no parecía tener el cuerpo de una chica en la última etapa colegial—. Soy Elena, aunque me llaman Nita. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Ada —respondió de manera entrecortada. Lejos de tranquilizarse, solo buscaba la manera de salir de la cafetería sin llamar más la atención.

Sin embargo, antes de que pudiera encontrarla, Nita la había arrastrado a su mesa e invitado a sentarse junto a ella, en el sitio que Penélope ya no estaba ocupando. Ella llegaría unos minutos más tarde con una bandeja de comida que puso frente a Ada antes de sentarse a su lado y seguir durmiendo.

—Cuando se cae la comida, puedes reponerla —dijo Penélope entre bostezos, sin sacar la cabeza de entre sus brazos.

—Es una pasada de tía. Parece dormir continuamente, pero se entera de todo lo que pasa —comentó divertida Marina.

Nita miró a Penélope. Sabía que Ada no llevaba comida, así que Penélope se había equivocado. Luego miró a Ada, que comía con cuidado, saboreando cada bocado, y pensó que quizá sí supiera lo que hacía aquella marmota humana.

—Has dicho que te llamas Ada, ¿verdad? ¿A qué curso vas? —preguntó Marina.

—Al anterior al vuestro —respondió señalando el libro de texto que Nita tenía sobre la mesa.

—¡Qué me dices! Perdona, perdona... Soy Marina y el castor insaciable que está sentado a mi lado es mi hermana, Aurora. A Penélope ya la conoces. —Penélope roncó—. Así es como saluda.

—Hola... —saludó a todas un tanto abrumada.

—Bien, a lo que iba. —Marina se echó sobre la mesa mirando fijamente a Ada—. Tienes la edad adecuada.

—Adecuada, ¿para qué?

—Para formar parte del equipo que estoy creando. ¿Te apuntas?

—Marina, ni siquiera le has dicho de qué va —intervino Nita, pensando que podía estar incomodándola.

—¡Me apunto! —exclamó Ada sin pensarlo. Nita la miró con sorpresa, Marina tenía los ojos llenos de lágrimas de alegría y Aurora había dejado de comer por un instante—. Digo que... Me gustaría. Tengo tiempo libre —añadió en un intento de no mostrarse desesperada.

—¡Fenomenal! ¡Ya somos cuatro! —gritó Marina, pero el barullo en la cafetería era tal que nadie se sobresaltó.

—¿De qué es el equipo?

—¡De voleibol!

—¿Voleibol? ¿No hay que ser alta para eso?

—¡Pamplinas! ¿Cuánto mides?

—Creo que 155 centímetros.

—¿Entera? —Marina se rio al ver la cara que puso Ada—. Es una broma, no te preocupes. Solo hay que ponerle ganas.

Marina le guiñó un ojo a Ada, Nita le sonrió y Aurora, cuando sintió el codazo de su hermana, también asintió. Ada se sintió muy cómoda entre ellas de pronto.

El timbre sonó y todas se levantaron para ir a sus respectivas clases, excepto Susana, que mantenía una airada discusión con los encargados de la cafetería por hacerle pagar por segunda vez. Penélope rodó de su asiento y se dejó caer ante Nita.

—¿Tus padres son los dos mestizos o uno es blanco y el otro es negro?

—¿Qué? —Penélope siguió mirándola, dejando claro que era una pregunta seria—. Son más o menos como yo. Mi padre es un poco más oscuro.

—Me encanta tu color.

—Gracias...

—El color rosa de mi pelo no es natural, por cierto.

—Me lo estaba preguntando. —En realidad, no se lo preguntaba; solo quería salir de aquella conversación tan aleatoria, pero Penélope quedó satisfecha.

Después de las clases, Ada avanzaba junto al resto de los alumnos hacia la salida principal. Al contrario que ellos, cada paso que daba era más lento que el anterior. Cuando ya había sido sobrepasada por la mayoría, vio cómo unos niños que iban delante dejaron caer un bollo entero en la papelera. Ada se detuvo junto a ella y, pensando que nadie la observaba, echó la mano al interior para hacerse con él. Lo sacó a la primera.

—¿Qué haces? —le preguntó una voz con tono impertinente.

Ada se sobresaltó. Los dos niños la observaban a ella y al bollo desechado.

—¿Te lo vas a comer? —preguntó el otro, que parecía más preocupado.

—¡No! ¡Qué va!

—¿Para qué lo coges, entonces? —insistió el primero, lo que hizo que Ada se sintiera más incómoda.

—¿No os han explicado en clase nada sobre el reciclaje?

—¿Reciclaje? —repitieron ambos, cada uno a su manera.

—¡No podéis echar lo orgánico y el plástico en la misma papelera!

—Es una papelera para todo —respondió el impertinente.

—Eso era así antes. Ahora hay que sacar el bollo, tirarlo y guardarse el envoltorio hasta encontrar el contenedor adecuado.

—Lo que tú digas. —El primer niño tiró del otro y se marcharon, comentando lo pirada que debía de estar.

Ada tiró el bollo y se quedó con el envoltorio en la mano hasta que los dos niños se alejaron.

—¡Bravo, señorita! ¿Me permite su nombre completo? —le preguntó una voz de persona mayor y amable. Era de un hombre, efectivamente mayor, vestido con traje y sombrero de copa, que encabezaba una multitud de personas sonrientes que aplaudían emocionadas.

—Ada Baranova, señor.

—¡Señorita Baranova! Represento al comité de reciclaje de la Mancomunidad del Suroeste y hemos asistido entusiasmados a su ejemplo de civismo y enseñanza. Queremos hacerle

entrega de una mención y un premio por su ejemplar actuación.

Ada estaba en trance. Nita había asistido a todo lo ocurrido y ahora la observaba sin entender qué estaba haciendo, hablando sola y completamente ruborizada.

Salió de su ensoñación tan rápido como había entrado y, viendo que casi todos sus compañeros se habían marchado ya, corrió de vuelta al interior del instituto.

Al día siguiente, Marina y Aurora no bajaron a comer a la cafetería. Era el momento de llevar a cabo su plan para atraer a nuevas jugadoras. Antes de que sus compañeros y profesores regresaran a sus respectivas clases, empapelaron literalmente el pasillo, las puertas y algunas ventanas con los folletos que imprimieron en su casa la noche anterior.

—¡Eh, Nita! ¿Qué te parece? —gritó Marina al ver llegar a su amiga desde la otra punta del pasillo. Nita miró a todas partes y solo le vino una cosa a la cabeza.

—Es muy rosa...

—Sí, ¿verdad? —Marina llegó enseguida junto a ella—. Son los únicos folios que se salvaron de la fiebre por la papiroflexia de papá. Fueron unas semanas convulsas. Ha sido duro, pero entre las tres hemos tardado un periquete. Por cierto, ¿dónde se ha metido la empapeladora durmiente? Estaba hace un rato empapelando aquella esquina. ¿La has visto tú, Aury? —Aurora, que volvía del aseo, se encogió de hombros y no hablaron nada más al respecto, pues un fuerte golpe al que le siguió un lamento provenientes del aseo de chicas llamó su

atención—. Aury, ¿qué hacías en el aseo? —Marina se temió lo peor.

—¡Os voy a matar! —gritó Susana al asomarse al pasillo con muestras de dolor en el trasero y un puñado de los folletos estrujado en la mano.

—¡Caramba, Susana! ¡Qué bien que te dejes caer por aquí!

—No te pases con el recochineo, Marina.

—Jamás haría tal cosa. ¿Qué te ha pasado?

—La rarita de tu hermana ha llenado el aseo de papelitos y me he escurrido con uno de ellos.

—¡No me digas! Se habrá caído de la pared.

—¿De la pared? ¡Ja!

Susana cogió del brazo a Marina. Nita las siguió por pura curiosidad, pero Aurora prefirió seguir con el empapelamiento de las ventanas. Abrieron la puerta. Todo era rosa: las paredes, los sanitarios, el suelo, incluso parte del techo estaba empapelado.

—¡Ay, madre! —exclamó Nita asomada desde fuera.

—¡Estupendo, señoritas! ¿Puedo saber qué les ha hecho este aseo? —El director apareció en escena, bloqueando la vista del interior a todos los curiosos que pretendían asomarse.

—¡Director Rebollo!

—Señorita Moreno, le dije que bastaba con lo primero. Entenderá que esto merece un castigo, ¿verdad?

—Eso depende... —Marina intentó poner su tono más conciliador—. ¿No podemos considerarlo una sugerencia de decoración?

—En serio, ¿no puedes dejar de ser una rarita por un segundo? —arremetió Susana.

—Señoritas, dejen la discusión para mi despacho. ¡Andando!

—¿Qué? ¿Yo también? ¡Si no he hecho nada! —protestó Susana.

—Aún lleva varios folletos en la mano, ¿quiere hacerme creer que los colecciona? ¿Quizá se ha limpiado con ellos?

—¡Yo no hago eso!

—¿No haces caca? —se adelantó Marina antes de que pudieran aclarar nada.

Susana podría haber incinerado los folletos en su mano solo con la temperatura que le estaba haciendo alcanzar, pero, antes de que pudiera encontrar una respuesta, un grito en el otro aseo les hizo acudir a todos.

En el de chicos, ese día, apareció una cabina inutilizada. Minutos antes, en ella se había escondido Emma otra vez. Su plan era el mismo: esperar a quedarse sola para escapar por la ventana del aseo. No había sonado el timbre aún y ya estaba sola. Abrió la puerta, pero Álex y Emilio, dos chicos de su clase, entraron, por lo que tuvo que recular sin poder evitar esta vez pisar el pequeño charco que se había formado alrededor del inodoro, el cual atribuyó a la dejadez e inutilidad de los chicos a la hora de apuntar.

—Voy a plantar un pino que va a echar raíces —anunció Emilio a voz en grito.

—Eres de un fino... ¡Ahí no! Pone que está estropeado —le advirtió Álex.

Emma sintió cómo una gota de sudor le caía por la nuca recorriendo su espalda. No solo estaba escondida, sino que

estaba en el aseo de los chicos, lo cual, lejos de encontrar interesante, le era desagradable. El comentario de aquel chico reforzaba esa sensación.

—Menos mal. Entonces sí que habría sido épico.

—Calla y haz ya lo que tengas que hacer.

—Eres tú el que me ha acompañado, que conste.

Emilio se metió en la otra cabina y comenzó su operación. Emma se tapó boca y nariz con las manos para evitar respirar el olor que estaba por llegar.

—Solo he venido a limpiarme la chaqueta —respondió Álex—. Alguien me ha salpicado en la fila de las bandejas.

—No sería tu querida Marina, ¿verdad?

—Cállate... Ni siquiera estaba.

—Pero te gusta, ¿eh? Lástima que siempre lleve compañía.

—¿Lo dices por Aurora? No me importa. Solo que me pongo nervioso cuando está ella porque nunca sé lo que piensa.

—Sí, es muy rara. —Emilio finalizó la frase con un gruñido que dejaba claro lo que estaba haciendo.

—Por favor, no hables mientras haces esfuerzos.

Le hizo caso y durante unos segundos solo se le oyó a él. El grifo abierto lo atenuaba, pero para quien estaba a su lado seguía siendo incómodo y asqueroso. Por eso Emma tenía la cara verde.

—¡Álex! ¡Tienes que ver esto! —le gritó al finalizar.

—No, gracias. Tira de la cadena y vámonos, que va a sonar el timbre.

—¡Tronco va! —Tiró de la cadena, pero el nivel del agua y de todo lo que había allí no bajó, sino que subió y subió

hasta desbordarse como una catarata. El de Emma también empezó a rebosar más y enseguida se vio rodeada por un lago de olor nauseabundo. Aguantó la respiración todo lo que fue capaz, pero tuvo que salir de la cabina de un salto, dándose de bruces contra Álex y su amigo, que no habían podido reaccionar aún a la inundación. Emma gritó cuando vio al líquido aproximarse a ellos. Al momento llegaron a la puerta el director, Marina, Susana, Nita y todo aquel estudiante que aún rondaba por el pasillo. Aurora, que seguía a lo suyo, había localizado a Penélope bajo un manto de folletos y se ocupaba de rellenar los huecos.

—¡Qué significa esto! —gritó el director tapándose con el pañuelo que siempre le asomaba por el bolsillo del chaleco.

Emma cruzó la mirada con el director e hizo lo primero que se le ocurrió.

—¡Este es el aseo de chicas!

Asustados, los dos chicos y el director salieron del aseo de inmediato. Emma aprovechó la confusión para intentar escapar por la ventana, pero no se atrevió a pisar el suelo empapado de aquel líquido viscoso y de olor penetrante. Así que, en su lugar, salió despacio, con la cabeza agachada, resignada, sin pararse donde estaban los demás.

—¿Dónde va usted, señorita Durán?

—A su despacho.

Marina le encasquetó la tarea de llevar los folletos al bazar a Nita y esta aceptó a regañadientes, solo porque el curso acababa de empezar y porque la llevarían en coche.

El bazar era una tienda enorme situada en la entrada norte del pueblo donde podías comprar de todo; la clientela era abundante y de todas las edades, así que era una buena idea dejar allí unos cuantos folletos.

—Creo que iré a hablar con la chica de la caja —dijo Nita, que quería acabar cuanto antes.

—Buena idea. Yo estaré allí, probándome algunas gafas de sol. —Aurora miró a su madre, que de inmediato supo lo que estaba pensando—. Hija mía, nunca se tienen suficientes gafas de sol.

Patricia se teletransportó al puesto de las gafas, y Nita y Aurora se presentaron ante la chica que atendía la caja.

—Hola... —comenzó a hablar Nita, pero fue interrumpida rápidamente.

—¡Hola! ¿Cómo estáis? Me llamo Eva. ¿Puedo ayudaros en algo? Por cierto, me encanta tu color.

—Gracias. Últimamente me lo dicen mucho...

—Te lo digo yo, que soy una experta en colores.

—Ya veo. —Nita comenzaba a sentirse abrumada por Eva, su verborrea alegre y directa y todos los colores que llevaba encima.

—Parece que a tu amiga también le gusta. —Eva señaló con un gesto de su cara a Aurora, que había empezado acariciando el pañuelo de Eva, pero que ya lo agarraba con firmeza.

—¡Aury, suelta eso! —Nita le quitó las manos del pañuelo antes de que pudiera ocasionarle un problema respiratorio a Eva.

—¡No importa! Si quieres uno, los vendemos al final del pasillo 3.

Aurora miró a Nita pidiendo permiso. Ella suspiró y le indicó que podía ir a verlos. Aurora desapareció. Un grito entrecortado de Patricia les dio a entender que ya estaban yendo a la zona de los pañuelos.

—¡Qué impulsiva! Bueno, ¿en qué puedo ayudarte?

—Quería dejar estos folletos por si a alguna chica le interesa.

—¿Buscáis chicas para un equipo de voleibol? —preguntó tras leer uno de ellos.

—Sí. El equipo que había ya no existe y mi amiga y su hermana están intentando hacer uno nuevo, pero necesitan chicas de nuestra edad.

—¡Yo tengo vuestra edad!

—¿Tú?

—¡Sí, sí!

—Y... ¿Te quieres apuntar?

—¡Claro! ¡Qué ilusión! No jugaba desde el colegio. No te preocupes, verás cómo convenzo a algunas más. Por ejemplo... ¡A ti! —Eva se estaba refiriendo a una chica con cara de estar enfadada con el mundo, tatuajes en ambos brazos y que vestía con dos camisetas de tirantes, la primera, demasiado grande y muy desgastada, que entraba en la tienda en aquel preciso momento.

—¿Ella? —Nita no estaba convencida de que fuera buena idea preguntarle.

—¿Pasa algo con vosotras?

—¿Te gustaría jugar en un equipo de voleibol? —le preguntó Eva sin hacer caso a su mal genio.

La chica la miró impertérrita. Nita las miraba a ambas nerviosa, temiéndose que aquello terminara mal.

—¿Tú quieres que te dé una paliza?

—¡Ja, ja, ja! ¡No, mujer! Ten un folleto y te lo piensas. — Eva le alcanzó uno, pero la chica lo dejó caer sin hacer nada por agarrarlo—. Se te ha caído. Espera, ten otro.

—¿Estás bien de la cabeza? —dijo la recién llegada dejándolo caer de nuevo.

Patricia y Aurora llegaron a la caja con más pañuelos de los que podrían llegar a ponerse y el ambiente cambió. Aurora miró a la chica intrigada y esta la saludó con un gesto apenas perceptible.

—Cóbranos esto, por favor. El que se está comiendo mi hija, también.

—Ese se lo regalo yo —dijo Eva divertida.

—¡Qué amable eres! Bien, ¿qué tal lo de los folletos, Nita?

—Esta chica, Eva, se ha apuntado enseguida.

—¡Qué bien! ¿Y tú? —preguntó mirando a la otra chica—. Yo lo haría, pero me paso un poquito de la edad, aunque no lo aparento, ¿verdad?

—¿Usted? —Observó a aquella mujer que se pensaba que podía pasar por adolescente—. ¿No está algo pasadita ya, señora? —lo dijo sin esperar una respuesta, señalándose el pelo y recalcando lo de «señora», y se perdió entre los pasillos del establecimiento.

Nita sufría por ella, Eva hizo como si no se hubiera dado cuenta y siguió pasando pañuelos por el lector y Aurora localizó hábilmente una cana entre el pelo de su madre. Pa-

tricia se fue en silencio al interior de la tienda y regresó un minuto después con todos los botes de tinte de su color que encontró.

Marina, Emma, Susana y Penélope fueron castigadas a limpiar el aseo de chicos y, además, recoger todos los folletos que habían salido volando por la ventana del pasillo, que seguía rota y que Aurora intentó también cubrir.

Marina suspiró y cogió una fregona. Emma agarró otra, pero la lanzó contra la pared, llena de rabia. Susana las observaba preguntándose cómo era posible que ella estuviera allí.

—Hoy somos una más —dijo Penélope somnolienta apoyada sobre la escoba en un rincón—. Esto empieza a parecer un club escolar.

—Yo no le veo la gracia por ningún lado.

—Qué le vamos a hacer, Susana —le contestó Marina resignada.

—¡Cómo que qué le vamos a hacer! De aquí, soy la única que no ha hecho nada.

—Bueno, si no hubieses disuelto el equipo, no habríamos repartido los folletos.

—¡Todavía te arreo! —Susana entonces se volvió hacia Emma, que no había abierto la boca desde que llegaron—. ¿Y tú qué? ¿No te molesta que te hayan pillado escapando por su culpa? ¡A quién se le ocurre meter folletos en el wáter!

Emma estaba tan molesta como ella, pero su cabeza estaba a otras cosas.

—Claro que estoy enfadada. Es la segunda vez que me castigan por culpa de su hermana. —Señaló con el dedo a Marina—. Ya es la tercera vez que no he podido ir a mi entrenamiento esta semana.

—¿Tres? ¡No me digas que fuiste tú la que rompió la ventana! —Marina se rio antes de que Emma le contestara.

—¿Te hace gracia? Vosotras sí que la tenéis. Tan malas sois que ya no tenéis ni equipo —respondió Emma, muy enfadada.

—Ese es un golpe bajo. No tenemos equipo porque a la Ratita Presumida se le cruzó un cable.

—¿A quién llamas tú Ratita Presumida? —preguntó Susana al sentirse aludida.

—A la novia del Rata, por supuesto.

—¿Ese intento de entrenador con cara de rata es tu novio? —intervino Emma sorprendida—. ¡Vaya estómago! Estás hecha para limpiar este aseo.

—¿Se puede saber de qué lo conoces tú?

—Mi equipo ha jugado contra el vuestro, aunque más que partidos, eran malos entrenamientos.

—¿Cómo no iban a ser malos si nadie entrenaba! —se excusó Marina—. Al menos ya se ha largado. Eso que ganamos.

—¿Sí? Pues a ver si eres capaz de hacer ese nuevo equipo tuyo de raritas.

—Puedes estar segura.

—Esa ha sido una contestación muy peliculera —intervino Penélope, que asistía entretenida a la disputa entre las otras tres.

—¿De dónde has sacado las palomitas? —le preguntó Emma.

—Estaban ahí detrás. —Le mostró el lugar junto al inodoro en el que las había encontrado. A Emma le vino una arcada—. Tranquila, estaban en una bolsa.

—Paso de vosotras —dijo finalmente Susana—. Me voy a recoger los folletos, y luego a casa.

Dejó caer la fregona al suelo y se fue. Aún estuvo cerca de resbalar al pasar por la zona que Penélope acababa de fregar, pero esta vez no se cayó.

—¡Eh! ¡Esto lo tenemos que hacer entre todas!

—Déjala, Emma. Al fin y al cabo, ella no ha hecho nada.

—¿Se lo vas a permitir? Con lo mal que os lleváis.

—Antes no era así. Siempre ha sido un poco altiva y orgullosa, pero era buena compañera. Luego se juntó con el Rata y su guitarra, y empeoró, hasta que, hace unos meses, cambió por completo.

—Entonces, os habéis quedado sin equipo.

—Sí, aunque lo vamos a recuperar.

—¿Cuántas sois?

—Ahora mismo, cuatro.

—Muy pocas.

—Somos el doble que cuando empezamos, así que, según esa progresión, para cuando llegue el día límite seremos... —Marina echó un vistazo a su móvil, que había vibrado—. ¡Somos cinco! Me acaba de decir Nita que una chica que trabaja en el bazar se ha apuntado. También dice que a mi madre se le ha ido la pinza y ha acabado con las existencias de tinte para el

pelo. Me temo que este no va a ser el último aseo que tendré que limpiar hoy. —A Emma le hizo gracia el comentario—. Oye, Emma. Estaba pensando...

—No voy a unirme a tu equipo inexistente.

—¡Recibido!

Continuaron limpiando y, unos minutos más tarde, Penélope entró en el aseo vestida con un mono de trabajo y un gran desatascador en la mano.

—¿De dónde has sacado todo eso, Penélope?

—¿Cuándo se ha marchado? —se preguntó Emma.

Las dos observaron anonadadas cómo Penélope trabajaba y lo bien que se le daba. En un momento tenían fuera todos los folletos que obstruían las cañerías, además de otras cosas menos agradables. Ella misma lo limpió todo.

—¿Nos vamos ya? Tengo sueño.

—Es un gran fichaje, ¿eh, cisne?

—Cuando está despierta.

Susana bajó al patio maldiciendo a Marina, a Emma y a todo el que se pasaba por su mente. Con el pincho que usaban para recoger la basura, fue recogiendo cada folleto que encontraba, dejando deliberadamente cualquier otro desperdicio.

Esta búsqueda la llevó al borde del recinto, junto a la verja que daba a un pequeño bosque. Allí los folletos estaban tanto dentro como fuera y, aunque en un primer momento pensó en dejarlos, finalmente se estiró para alcanzarlos. Tan concentrada estaba que no vio aparecer al otro lado a un hombre rubio de

pelo largo y aspecto de vagabundo que le ofrecía algunos de esos folletos con una sonrisa llena de dientes.

Susana le lanzó el pincho, pero falló, afortunadamente para el hombre, y ambos huyeron del lugar dando gritos.

Emma volvió a llegar a casa a punto de caer la noche. Agotada físicamente por el castigo y mentalmente por un nuevo fracaso en su intento por llegar al entrenamiento, no tenía humor para aguantar a nadie, por lo que no se alegró cuando vio a Eva junto a su puerta frotando una gran mancha de pintura. Esta, al verla llegar, se detuvo para poder saludarla con una sonrisa.

—¡Hola! ¿Hoy también llegas tarde?

—Sí.

—¿Has llegado a tu entrenamiento?

—No...

—¡Cuánto lo siento!

—No tienes por qué.

Emma metió la llave en la cerradura y abrió la puerta, pero la curiosidad la hizo regresar un par de pasos atrás.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada nuevo, no te preocupes. Tengo que quitar esta mancha antes de que se seque.

—¿Necesitas ayuda? —No había convencimiento en el ofrecimiento.

—¡Gracias! Pero no, lo tengo controlado, no quiero que te manches tú también.

Emma se fijó en que el vestido que llevaba ese día Eva, sacado de algún mundo de fantasía, tenía una mancha del

mismo color en medio de la falda. Eva siguió frotando, eso lo aprovechó Emma para mirarla a la cara con detenimiento. Estaba claro que, aunque sonreía, había soltado alguna lágrima. No se quería meter en sus asuntos, pero aquella chica le hacía involucrarse más de lo que quería.

—Eva, ¿qué...?

Antes de poder formular la pregunta, un coche conducido por una mujer salió del garaje de la casa de Eva. Se detuvo brevemente para echarles un vistazo. A Eva la miró con desprecio y a Emma con indiferencia. El coche reinició la marcha y se perdió al final de la calle. Eva supo en qué estaba pensando Emma y se adelantó.

—Es mi madrastra. No nos llevamos bien. —No la conocía desde hacía mucho, pero, aunque a ella no le iba tanta amabilidad y alegría, reconocía que era difícil llevarse mal con alguien como Eva—. Es una larga historia. En fin, voy a por un poco de disolvente para esta parte que no sale y acabo. ¡Nos vemos, Emi!

Eva entró en su casa y cerró la puerta a pesar de haber dicho que volvería enseguida. Emma miró la mancha. Se preguntó cómo había sucedido y si la madrastra tendría algo que ver. No había sido un buen día, aunque, por alguna razón, el final no había sido malo.

—¡Cómo que Emi! —En ello pensaba mientras entraba en su casa—. Emi...

CAPÍTULO 3

¿CUÁNTAS SE QUEDARON POR EL CAMINO?

Eva despertó chorreando de sudor. Había pasado la noche realizando todo tipo de actividades relacionadas con sus modelitos de anime viviente. Por supuesto, parte de esas actividades incluyeron visionado de series y películas y posado fotográfico que luego subía a una plataforma en Internet bajo el sobrenombre de Animeva77. Como consecuencia de su intenso trabajo nocturno, olvidó correr las cortinas y un rayo de sol se entretuvo durante la última media hora en saludarla directamente en la cara.

Antes de que consiguiera distinguir el sueño de la realidad, unos fuertes golpes que provenían del exterior acabaron por despertarla. Salió de su habitación vigilando que su madrastra no hubiera llegado todavía y se asomó a una de las ventanas del lado contrario sin atender al aspecto que el escaso sueño le había dejado.

—¡Emi! Funciona mejor si utilizas la llave.

Abajo, Emma peleaba contra la puerta de la calle de su casa, que se resistía a dejarla pasar.

—¡Eso ya lo sé! Es esta maldita cerradura, que cada día está peor.

—A veces es cuestión de tacto.

—Y, a veces, de golpear hasta quedarte sin fuerzas.

Emma golpeó la puerta desesperada. Estaba claro que algo o alguien no quería que siguiera en los Cisnes.

—¿Adónde vas? —Eva no esperó a que le respondiera. Bajó corriendo, salió a la calle y llamó al portero automático. La madre de Emma, despertada también por los golpes de su hija, la abrió desde dentro—. Cuestión de tacto.

Emma se sintió como una idiota por haberse dejado llevar por los nervios, pero el hecho de haber sido delante de Eva lo arreglaba un poco.

—Gracias. Voy a un partido de mi equipo —dijo respondiendo a la pregunta anterior de Eva.

—¡Los famosos Cisnes!

—Me avisaron de que debía acudir si quería seguir en el equipo, aunque es probable que no juegue mucho por no haber entrenado nada últimamente.

—Entonces lo que tienes que hacer es aprovechar la oportunidad que te den para demostrarles lo que vales.

—Sí, eso haré. ¡Estoy mentalizada!

—¡Pues a por ello, Emi!

—Por cierto, se te ha salido una.

Emma se alejó corriendo. Eva se quedó confundida hasta que cayó en la cuenta de la poca ropa con la que dormía y lo amplio de su camiseta de tirantes. Colorada como un tomate, su cerebro pareció espabilar de pronto y recordó que

ella también tenía que ir a entrenar. Subió las escaleras de cuatro en cuatro, se cambió en un tiempo récord, gracias a la práctica ganada con sus pruebas de vestuario, y desapareció rumbo al polideportivo.

En la puerta del pabellón de los Cisnes ya estaban todas las compañeras de Emma, vestidas con su chándal negro, y el primer entrenador, un poco más apartado, ocupado en sus asuntos. Se acercó al grupo con más ganas al principio que cuando las alcanzó.

La saludó, pero la voz que le salió no fue la que pretendía, sino la que mostraba realmente su estado de ánimo y lo fuera de lugar que se sentía en el grupo. Algunas de sus compañeras la saludaron con un gesto y solo una de ellas le correspondió con el mismo saludo, aunque con un tono que denotaba indiferencia.

Sin haberla visto llegar a su lado, Marta, la más dura del equipo y, en gran medida por ello, la capitana, la apartó del grupo para que fuera a hablar con el entrenador. Emma sabía que no estaba en condiciones de pelear, así que bajó la cabeza y fue a encontrarse con él mientras sus compañeras bajaban al vestuario.

—Me preguntaba cuándo se te ocurriría venir a hablar conmigo, Emma. —El hombre habló primero, pero no dejó de ojear sus notas.

—Siento no haber venido a entrenar últimamente.

—Bien, ¿y qué vas a hacer al respecto?

—Venir a entrenar —contestó después de dudar por un instante.

—Pero ¿cómo lo vas a conseguir? Sé que ahora vives lejos y lo estás intentando, pero no veo qué puedes hacer para llegar a tiempo a los entrenamientos que no hayas hecho ya.

—Saldré una hora antes de clase. Conseguiré un permiso.

—No seas infantil, Emma. —Se ruborizó—. ¿Crees que tu instituto, tu madre o tu padre van a anteponer el voleibol a tus estudios? Estás en el último año.

—¡Qué importa eso! Puedo repetir el curso. Puedo ir a la universidad o adonde quiera en cualquier momento de mi vida, pero solo tengo este año para... Solo me queda un año para estar en esta categoría.

El entrenador la miró por primera vez.

—Comprendo lo que dices y te entiendo. Cuando eres un crío parece que no puedas salirte del camino prefijado, pero, cuando creces y echas la vista atrás, te das cuenta de que hay muchas formas de llegar al mismo destino. Me sorprende que lo hayas visto.

—Gracias.

—Sin embargo, tienes otro problema. —Emma lo miró con cara de no saber a qué se refería—. Emma, ¿cómo te llevas con tus compañeras?

—No entiendo la pregunta. Jugamos juntas, lo pasamos bien.

—¿Cuántas de ellas se han interesado por ti estos días? Ninguna, ¿verdad? No soy adivino, pero os oigo hablar. Las adolescentes sois muy gritonas.

—¿Qué tiene que ver eso con jugar al voleibol? Es lo normal, ¿no? Solo somos compañeras. —Emma había pasado a un estado de vergüenza y frustración.

—Lo peor de todo esto es que pienses que es lo normal. El club de los Cisnes es de los más importantes de Madrid. Las jugadoras que quieren competir al máximo nivel pelean por venir aquí; saben lo que hay. ¿Piensas que estáis bien porque te animan o te dan alguna palmadita durante los partidos? Eres buena, muy buena, ellas también lo saben y estarán a tu lado mientras obtengan eso de ti, pero no eres la única en tu puesto que les da lo que quieren.

—¿Qué significa eso? Soy la única colocadora de último año... ¡Soy la titular! He pasado dos años a la sombra de chicas que no eran tan buenas como yo solo porque eran sus últimos años.

—Y habría sido así si hubieras estado aquí, probablemente. No tienes muchos apoyos ahora mismo. Yo sé lo que vales e intentaré mantenerte en el equipo si puedo, pero estás pendiente de un hilo.

—¿Eso quiere decir que no voy a jugar?

—Francamente, Emma, deberías buscar otro equipo y pronto. —Aquellas palabras rebotaron en su cabeza una y otra vez hasta disiparse—. Vamos adentro. Puede que ocurra un milagro.

Emma se dejó llevar adentro y bajó a los vestuarios. Todas estaban ya preparadas y el ruido que se oía desde el exterior se convirtió en un susurro al verla entrar. Sabían que había estado hablando con el entrenador, se figuraban el contenido de

la conversación y se lo confirmaba su semblante. Sus miradas se le clavaban en la nuca. Se sentía cohibida.

—Cámbiate, que tenemos que salir ya —la apremió Marta.

—Ya me estoy cambiando —respondió con un susurro sin mirarla.

Nadie dijo nada más, aunque sí pudo oír alguna risa por lo bajo. Las prisas de su capitana y la actitud de sus compañeras despertaron sus ganas de demostrarles quién era. Miró fijamente a las que más le estaban molestando, y ellas dejaron de reír inmediatamente.

Cuando Eva llegó al entrenamiento, el resto del equipo ya estaba en la pista calentando. Se disculpó a gritos según bajaba y se reunió con ellas. Marina le dejó un hueco a su lado y comenzó a hablar.

—Ahora que estamos todas...

—¿Eh? No, no estamos todas, falta mi amiga —interrumpió Eva mientras miraba a un lado y a otro.

—¿Se lo has dicho a alguien más, Eva?

—Sí, a una amiga que trabaja en la gasolinera, la que hay cerca de donde trabajo yo.

—¡Qué bien! Espero que venga. Así ya seríamos seis... Y cuatro estaríamos despiertas. —Marina se refería a Penélope y a su hermana, que se habían quedado dormidas una encima de la otra mientras estiraban y habían atrapado a Ada entre medias—. Ya que es nuestra primera vez como equipo, vamos a tocar balón, a ver en qué punto está cada una.

—¡Vale! —gritó Eva.

Ada también quería gritar, pero se conformó con asentir. Luego consiguió sacar su pierna del abrazo de Aurora y así se despertaron las dos.

Pasaron un cuarto de hora entrenando, aunque Marina observaba más que jugaba. Esto le permitió ver que Ada le tenía miedo al balón, pero era ligera como una pluma y muy ágil; Eva lo hacía bastante bien, aunque exageraba los gestos y acababa los golpes complicados con frases sacadas de alguna serie de televisión, y Penélope aguantaba cualquier golpe si le llegaba directamente al cuerpo, ya que su tiempo de reacción era altísimo.

—¡Ya os estáis largando de aquí! —gritó Susana, que de pronto estaba entrando en la pista con intenciones violentas sin que la hubieran visto llegar.

—¡Alto ahí! —Sobre la barandilla de las gradas, una figura femenina con melena de fuego rizada al viento, que no era viento, sino su propia mano haciendo como si lo fuera, posaba mientras continuaba su discurso—. ¡Ja, ja, ja! —ríe de modo poco natural—. ¡Sí! ¡Soy yo! ¡La defensora de la razón y el derecho! Yo soy... —Resbaló y casi cayó al suelo. Se rehízo y, esta vez sí, saltó haciendo una pirueta en el aire. Cayó entre las chicas y Susana, de cara a esta. Eva y Aurora aplaudieron, Penélope dormía y Ada había buscado protección detrás de Marina—. Lara —dijo con la voz congestionada.

Por desgracia, al caer se golpeó la rodilla y tuvo que quedarse en esa posición durante un buen rato, lo cual aprovechó Susana para pasar a su lado ignorándola e ir a por Marina.

—¿Qué quieres, Susana? —se adelantó a hablar Marina.

—El equipo se ha disuelto. Ya no existe.

—Por eso estamos formando otro. ¿Te quieres apuntar?
Nos faltan jugadoras.

—¡Vete a la mierda! —Ada se escandalizó por el tono que había cobrado la discusión y se acurrucó más detrás de Marina. Penélope se incorporó a medias, pues rara vez ocurría algo a su alrededor que le mereciera más la pena que dormir—. ¡Rarita! ¡Dame ese balón! —Aurora mantenía el balón agarrado entre sus manos. A pesar de ser más grande que ella, no tenía nada que ver en cuanto a agresividad, así que estaba aterrorizada y actuó sin pensar, lanzando el balón a la cara de Susana, que se echó hacia atrás instintivamente, cayendo al suelo de cabeza.

Marina corrió hacia ella. Estaba dolorida, pero lo más preocupante era que no podía respirar. Buscaba aire y no lo encontraba. Se estaba poniendo muy mal.

Ocupadas en Susana, no se dieron cuenta de los movimientos violentos que estaba realizando Aurora hasta que tiró una de las sillas colocadas junto a la pared y la oyeron gruñir. Su hermana acudió a ella para intentar calmarla como hacía mucho que no tenía que hacerlo, pero cada vez iba a más y se estaba haciendo mucho daño.

El partido se desarrolló como era previsible en pretemporada entre dos máximos rivales como eran Cisnes y Nutrias: muchas imprecisiones y mucha intensidad. Emma asistió a los primeros sets desde el banquillo, con la mirada fija en el juego,

esperando su oportunidad para cerrar todas las bocas que la criticaban.

La nueva colocadora, considerada por los entrenadores como «un prodigio de primer año», era muy buena, pero Emma se sabía mejor. La comparaban con una jugadora que hacía años estuvo en las categorías inferiores, de la que alguna vez había oído hablar y a la que se referían como «colocadora legendaria», pero que se fue antes de que ella entrara en el club.

—Emma. El quinto set lo juegas tú —le anunció el entrenador.

Asintió sin dejar de mirar el partido. Había llegado su oportunidad.

El resultado era favorable para los Cisnes, que habían ganado tres de los cuatro sets disputados, por lo que el quinto lo jugaron solo por ser un amistoso. Emma ocupó su posición en la primera rotación junto a la red.

—¡Mira quién está aquí por fin! —Emma miró de reojo a la jugadora rival que había hecho el comentario. La conocía, por desgracia, a ella y a varias de sus compañeras—. ¿Qué ha pasado? ¿No eres tú la de tercer año? ¿Te ha ganado una recién llegada?

—Déjame en paz.

—Te dejaré como te dejan las de tu equipo, no te preocupes.

Los Cisnes realizaron el saque y este dio en la cabeza de Emma. No solo hubo risas en el equipo contrario.

—¿Te ha dolido? Seguro que no, tú eres muy dura. Te dolerá más que haya sido aposta.

Emma apretó los puños. En lugar de responderle a la rival, le gritó a su compañera que tuviera más cuidado.

El partido continuó. No estaba siendo la mejor de sus actuaciones, pero se defendía. Sin embargo, la tensión que vivía en la pista la estaba llevando al límite. Cuando su saque no llegó ni siquiera a la red, empezó a decaer sin control: tropezó en la primera penetración a la zona de ataque, confundió colocaciones y, lo peor de todo, realizó varios toques irregulares que le valieron a su equipo la derrota en ese último set.

Al contrario de lo que se podía esperar, sus compañeras no estaban disgustadas. Habían ganado el partido y no estaban preocupadas por lo ocurrido al final. Esto la llevó a pensar que era porque no contaban con ella, como si el último set lo hubiese jugado la novata, la nueva que se pone nerviosa cuando le dan una oportunidad y a la que todo el mundo perdona porque se está haciendo a la dinámica del equipo. Solo que, en su caso, era porque no la querían con ellas.

Se saludaron unas a otras en la red como correspondía. Emma tuvo que aguantar las burlas punzantes de aquellas rivales con las que había tenido sus más y sus menos en el pasado y lo aguantó solo porque su tristeza era mayor que su ira. Realizó los ejercicios de después del partido de manera automática y bajó a los vestuarios sin esperar al resto ni a la charla de su entrenador. Según llegaba a ellos, pudo oír que la capitana de las Nutrias estaba reprendiendo a una de sus novatas.

—¡Has estado fatal! ¿En qué pensabas? ¿Cómo piensas jugar con nosotras así? Está claro que solo juegas porque eres la sobrina de la entrenadora.

—Lo siento. He estado enferma...

—¡Eso son excusas! Si no hubieras jugado, seguro que habríamos ganado.

Emma habría pasado sin hacerles caso de no haber estado bloqueando el paso.

—¿Me dejas pasar?

La capitana se mostró contrariada por la interrupción, pero se sonrió al ver quién lo había hecho.

—¡Hablando de decepciones! Agradécele a esta no haber sido la peor del partido.

Emma miró a la chica. Lo estaba pasando muy mal y era evidente que la capitana buscaba hacerla llorar.

—¿Por qué no la dejas en paz? Eres mayor que ella en todos los sentidos.

—¿La marginada de los Cisnes me va a decir cómo llevar mi equipo?

—¿Tu equipo? Sí que han caído bajo las Nutrias.

—Nunca tan bajo como tus dientes en la pista, inútil.

Emma dejó caer su mochila al suelo.

Patricia bajó las escaleras a saltos, se subió al coche y salió lo más rápido que su sensatez le permitía hacia el polideportivo. La llamada de Marina la había preocupado. Hacía mucho tiempo que Aurora no sufría una crisis, en parte gracias a haberse mudado a un lugar más tranquilo

y pequeño que aquel en el que vivían antes; pero, sobre todo, por la nueva relación que tenían sus hijas entre sí y el voleibol. Recordaba perfectamente aquella conversación que tuvo con Marina.

—Mamá, ya no quiero jugar más al voleibol.

Patricia miró a su pequeña Marina, que, como su hermana, acababa de cumplir doce años.

—¿Por qué dices eso, cariño? Te encanta jugar, ¿no es así?

—Sí...

—¿Entonces?

—Oí lo que te dijo el responsable del club. —Patricia dejó lo que estaba haciendo y esperó a que continuara mientras pensaba bien la respuesta que le iba a dar—. Siempre hemos dicho que todos somos diferentes. ¿Por qué no la quieren?

—Puede que hayan encontrado a una chica mejor.

—¡Mentira! —A Marina se le escaparon las primeras lágrimas. Patricia sabía que era mentira, desde luego—. No hay nadie mejor que Aury. Es la mejor. Yo estoy en el equipo porque ella me necesita. ¡No es justo que a ella la echen!

—Tú también eres muy buena, ya sabes lo que dicen de ti tus entrenadores, pero sí, no es justo. Este club es así, mira por los resultados, viven por ello. Ya lo sabíamos cuando entrasteis en él. ¿Cuántas se quedaron por el camino?

—Es por lo del otro día, ¿verdad?

Patricia se acercó y posó su mano sobre la cabeza de su hija. A pesar de su corta edad, ambas tenían ya la misma estatura, pero, en su interior, Patricia seguía viéndola mucho más pequeña.

—No todo el mundo está dispuesto a asumirlo, cariño. Aunque el TEA de tu hermana no es severo, a algunas personas les asusta; ya sean entrenadores, padres o compañeras.

—¡Fue una crisis pequeña! En cuanto le puse la tiritita se calmó.

Patricia observó a su hija, enfurruñada, intentando que aquello cobrara sentido en su cabeza para encontrarle una solución. No la habría. Para Marina, Aurora era tan común como echar el agua en un vaso; aún no veía que, para los demás, ese vaso tenía agujeros y estaba al revés. Había ido asumiendo cada nueva peculiaridad de su hermana como venía, ya fuera lamerle el pelo o hacer sus necesidades en lugares concretos o con su propio asiento o, incluso, dejar de hablar para comunicarse casi exclusivamente a través de los miembros de su familia.

—Entonces, ¿no quieres seguir jugando por tu hermana?

—No. No quiero seguir jugando porque no me gusta... No me gusta que la traten así. Quiero jugar para divertirme y no me divierto si no estoy con Aury.

Patricia le secó las lágrimas y la abrazó.

Después de aquello estuvieron un curso sin jugar, solo practicaban entre ellas. Más adelante se mudaron por otros motivos y encontraron el equipo de las Tortugas, donde la exigencia era mínima y la necesidad de jugadoras, mucha.

Aparcó ocupando más de una plaza y se olvidó de cerrar el coche. Entró corriendo en el pabellón esperando ver una escena complicada, pero no fue así. En la pista estaban sus

hijas jugando con sus compañeras y un hombre joven de aspecto desaliñado que era evidente que no se había preparado para hacer deporte ese día. Ella notaba que Aurora había estado nerviosa y cualquiera podía adivinar que Marina había llorado, pero ahora estaban divirtiéndose y, si no hubiera recibido la llamada, no habría adivinado lo que había pasado unos minutos antes.

Al acabar el entrenamiento, Patricia corrió a ver a sus hijas. Abrazó a Aurora, le dio muchos besos en la cara, pues sobre la cabeza ya no llegaba, y luego hizo lo mismo con Marina. Las demás asistían reconfortadas, excepto Ada, que se dejó llevar por el momento y rompió a llorar en silencio. Patricia se le acercó y le tendió uno de los pañuelos que habían comprado en el bazar. La chica no sabía si aceptarlo.

—No te preocupes —dijo Marina—, tenemos treinta y siete, por alguna razón que ignoro y que no me quieren contar.

Aurora miró para otro lado y Patricia se puso colorada.

—¿Qué ha pasado? Pensaba que estaríais... ¿Y Susana?

—A Susana la atendieron y se la llevaron por precaución. Fue horrible, mamá. No me hacía con ella, pero Yani salió de pronto de la nada y en un segundo la tranquilizó. No la había visto nunca reaccionar así a un desconocido. Después resultó ser entrenador y nos ha dado una clase.

Patricia se dirigió entonces a Yani, que estaba recogiendo sus cosas, muchas cosas.

—Yani, ¿verdad? Soy Patricia, la madre de Aurora y de Marina.

Yani le aceptó la mano y le dijo algo que no entendieron.

—Te agradezco muchísimo lo que has hecho por mi hija. No sabes lo complicado que en ocasiones...

—No le entiende, señora —la interrumpió Lara—. En mis múltiples viajes por el país he visto y conocido decenas de personajes pintorescos que hablaban infinidad de idiomas; sin embargo, ninguno de ellos es el que habla nuestro salvador.

—Lara, si no has salido del pueblo más que para ir al cine. —Todas rieron del comentario de Eva.

Patricia cogió a Aurora y la abrazó delante de Yani, luego le hizo un gesto de agradecimiento y lo abrazó a él, quien lo aceptó con mucha efusividad. Yani, entonces, dijo algo en alto para todas y se marchó.

—¿Cómo os habéis entendido? —preguntó Patricia una vez Yani había abandonado la pista.

—De ninguna manera, mamá, la única que le entendía algo era Aury... Y tampoco estoy segura de ello.

—Qué pena. Podría haber sido vuestro entrenador.

—Me dio cecina cuando le pregunté. —Marina se acordó de ella y la sacó del bolsillo para darle un mordisco.

Ada se fue del pabellón rápidamente para poder hacerlo sola, sin dar explicaciones. El entrenamiento había sido una montaña rusa de emociones y situaciones inesperadas, pero se lo había pasado muy bien, como hacía mucho tiempo que no se lo pasaba.

Cuando perdió de vista el polideportivo, aminoró el paso. El sol estaba casi en su punto más alto y el calor era demasiado para ella. Siguió su camino, procurando pisar la sombra,

hasta que se introdujo en el bosque. Le encantaba pasear por allí. No era un bosque grande como los de los libros que había leído, pero a ella le parecía especial.

Poco después, aparecía al otro lado en una calle poblada por chalés. Miró a todos lados y, cuando se aseguró de que no había nadie cerca, se lanzó hacia la pared más próxima, donde trató de mimetizarse con el entorno, cosa improbable, ya que la pared era de ladrillo rojo y ella llevaba la ropa de deporte blanca del instituto. Estuvo así un rato hasta que se animó a asomarse a la esquina. Seguía sin haber nadie. Volvió a la pared, cogió aire y corrió a la casa de enfrente. Pulsó el timbre. Poco después, una señora anciana le abrió la puerta y la dejó pasar.

—¡Adita, hija! ¡Cuánto tiempo sin verte! —La anciana se esforzó mucho en subir el tono de su voz; eso le provocó unos tos que duró unos segundos interminables.

Ada la abrazó con cuidado. Le habría gustado ser más efusiva, pero la mujer estaba peor que la última vez que la había visto y no sabía cuánto podría resistir, aun siendo ella tan poquita cosa.

—Hola, abuela.

—Ven. ¿Te quedas a comer?

—No. No te preocupes.

—Estás muy flaca, pareces una niña. ¿Comes bien?

—Claro que sí. ¡Qué cosas tienes!

—¿Dónde?

—¿Cómo que dónde? En la residencia, claro.

La anciana miró a Ada esperando que rectificara su respuesta.

—Adita, soy vieja, muy vieja, pero no soy tonta.

—¿Por qué dices eso?

—He dado clase a miles de chicas y chicos como tú; sé cuándo mentís y sé que no hay ninguna residencia en el pueblo. —Ada sintió vergüenza y apartó la mirada—. Mírame, Adita. —La miró—. Tienes que dejar de huir, por tu salud, por la mía, que me paso el día rezando por que no te pase nada, por tu padre... Aquella pareja no ha vuelto desde hace días, tienes aquí tus cosas.

—Solo quedan unas semanas —contestó después de tomarse unos instantes.

—A mí no me queda tanto.

—¡No digas eso! —Ada echó a llorar.

La anciana la abrazó.

—Lo siento. Son cosas de vieja. Tan solo me gustaría irme de este mundo sabiendo que estás bien.

—Estoy bien, abuela. Ahora tengo amigas.

—¿En serio? ¡Qué alegría! —Tosió otra vez al elevar el tono.

—Ahora sí que te tienes que quedar a comer; tienes muchas cosas que contarme.

—Está bien, me quedaré a comer... Gracias.

Emma apareció por la esquina. Caminaba lentamente, con la mochila colgando de una mano y aún llevaba la equipación de juego, negra, como todo lo que representaba a los Cisnes, pero con un 3 grande blanco que destacaba en el pecho.

Eva se quedó mirándola un rato; estaba esperando el momento oportuno para saludarla a gritos desde su ventana, pero

su lenta marcha frenó su entusiasmo inicial y solo se quedó observándola. Cuando llegó a su puerta, vio que dudaba entre entrar o quedarse fuera, y ahí pudo verle la cara llena de rasguños.

—¡Emma! —No esperó a que la mirara siquiera. En un santiamén estaba ante ella—. ¿Qué te ha pasado?

—Baja la voz, no quiero que mi madre me vea así. —Eva no dijo nada más, pero con su mirada insistía en su pregunta—. Me han echado.

Las lágrimas aparecieron en sus ojos, pero intentaba por todos los medios que no cayeran, pues no sabía si sería capaz de cerrar el grifo después. Al sentirse así, quiso entrar en su casa, pero Eva la detuvo. Cuando parecía que el gesto quedaría ahí, tiró más de ella y la llevó consigo para darle el mejor abrazo que le habían dado en su vida. De hecho, no recordaba haber estado en esa situación nunca.

—No tienes por qué pelear sola. —Escuchó estas palabras y su respuesta fue romper a llorar. El abrazo duró hasta que Emma se hubo desahogado lo suficiente—. No puedes entrar así en casa. ¡Mira qué ojos tan rojos!

Eva volvió a tirar de Emma y esta se dejó llevar. Subieron a la primera planta y atravesaron una gruesa puerta acorazada, como las que se instalan en la entrada de las viviendas.

—¡Bienvenida a mis dominios, Emi!

Emma se frotó los ojos para quitarse las últimas lágrimas que no la dejaban ver bien. Era la habitación de Eva, pero parecía una tienda, una especie de librería y videoclub de los que había antes de Internet, según había visto en algún programa de la televisión: estanterías repletas de novelas ilustradas y cómics,

una televisión enorme colgada en la pared principal, rodeada de películas, juegos y figuras, y un vestidor con ropa de todos los colores que presidía el vestido de la otra noche.

—¿Te gusta?

—¿Qué es todo esto? —preguntó Emma sin salir de su asombro.

—Soy muy aficionada a... Digamos..., el ocio japonés.

—¿Muy aficionada? Es como vivir dentro de unos dibujos animados.

—Anime.

—¿Eh?

—Es como aquí llamamos a la animación japonesa, aunque, para ellos, es todo tipo de animación. Lo que hay aquí es anime, manga, juegos, figuras de estos y ropa, también de todo lo demás.

—¿De dónde has sacado todo esto?

—Lo he comprado, claro, pero no ha sido fácil. La mayoría de las cosas vienen de Japón, así que aprendí lo suficiente para manejarme.

—¿Sabes japonés?

—Un poco. En este mundo es mejor así.

—¿Qué dicen tu padre y tu madrastra?

Eva se echó sobre su cama para alcanzar una fotografía que tenía sobre la mesilla y se la tendió a Emma.

—Somos mis padres y yo hace siete años. —Emma miró la foto. Nunca había visto a ninguno de los dos—. Mi madre murió unas semanas después. Estaba muy enferma, aunque ahí no lo parecía.

—Lo siento.

—Mi padre falleció hace dos años en un accidente.

Eva le mostró otra foto de ellos dos disfrazados en una feria medieval.

—Lo siento muchísimo, Eva.

—Todos los años íbamos a esta feria con unos amigos de mi padre. Lo pasábamos muy bien, aunque yo no hacía más que perderme saltando y corriendo entre los puestos.

—¿Ya no vas?

—No, desde hace dos años. —Emma volvió a ponerse a llorar—. ¡Pero no llores, Emi! ¿Dónde está mi vecina dura como una piedra? —Eva se rio.

—Lo siento. Es que una vez que empiezo, lloro por todo. Entonces, ¿vives sola con tu madrastra?

—Sí, con la segunda mujer de mi padre. No está mucho por aquí, entre el trabajo y que no quiere verme... Como te dije, no nos llevamos bien y está empeorando conforme se acerca mi cumpleaños. Así que intento no coincidir con ella.

—¿Tan mal están las cosas?

—No sé si te habrás fijado en la puerta de mi cuarto. No está ahí por que sí. —Emma miró de nuevo la puerta y recordó la cara de la mujer cuando la vio por primera vez—. Entre lo que me quedó de mi padre, seguros, mi trabajo y demás, puedo vivir sin problemas, y cuando cumpla años ya no tendré que verla más.

Hubo un pequeño silencio, pero pronto Eva retomó la conversación.

—¡Bueno! Vamos a arreglarte un poco, ¿no?

—¿Arreglarme?

—¡Claro! Detrás de esa puerta está mi baño. Vamos, date una ducha y ahora te dejo algo que ponerte.

—Tengo mi ropa en la mochila.

—¡Deja ya ese chándal negro! Se te va a fundir con la piel. Te han echado, ¿no? Pues se acabó el chándal.

La empujó dentro del baño y se puso a buscar algo que le quedara bien de entre la enorme cantidad de ropa que tenía. Encontró una que posiblemente no la aterrorizaría, aunque tuvo que ponerla en antecedentes.

—¿Te gusta? Lleva tu número, es azul pastel y tiene un gracioso personaje que no sé bien qué es... Y mira, ¡la parte de abajo está dentada!

—El corazón no me va, pero gracias.

—De nada, Emi.

—Por todo.

Eva sonrió y luego puso un vídeo en su gran televisión.

—Ya verás, te gustará. Son unas chicas zombis... —Emma asintió interesada—. Que cantan y bailan.

—¿Eh?

Olor a quemado era lo que Marina iba dejando tras de sí en su camino a los cubos de basura. Era tan desagradable que ni su hermana había querido acompañarla, así que el único momento del día que tenía a solas era con la compañía de una bolsa pestilente.

La lanzó a distancia. Ya era tarde para rectificar cuando cayó en la cuenta de que tendría que recogerlo todo del suelo

si no acertaba con el cubo. Afortunadamente entró, con algo de suspense, pero entró. Se dio la vuelta para volver a casa y se topó a escasos centímetros con una chica con malas pintas.

—¡Qué susto! —exclamó cuando la reconoció.

—¿Me estás llamando fea, poca cosa?

—Soy más alta que tú, así que...

—¡Qué! ¿Piensas que eso te da ventaja?

—No, no... Solo digo que no soy tan poca cosa.

—He tumbado a tíos más grandes que tú, ¿lo sabías?

—¿Violentamente o de otra manera?

—¿Te estás quedando conmigo? ¿Quieres que te cruja?

Marina no pudo mantenerse seria cuando escuchó aquella expresión.

—¡Anda, Araña! Déjalo ya, que ha sido un día largo.

Se sentó en el bordillo de la acera. Araña, en cambio, se apoyó sobre un coche aparcado, mirando hacia ella con su pose de chica dura mientras sostenía una cerveza.

—¿Castigada otra vez? Deberías enfrentarte a ese director tuyo.

—Déjalo, es un buen hombre. Por cierto, mi hermana dice que te vio en el bazar.

—Sí. Me costó reconocerla porque no iba contigo, sino con una pirada que no sabía lo vieja que era.

—Era mi madre. —Ahora entendía lo del tinte.

—¿En serio? Entonces todo empieza a cobrar sentido. —Se sentó a su lado y le ofreció un trago de su cerveza, pero Marina lo rechazó—. Tú te lo pierdes.

—¿A quién quieres engañar? Se ve que no lleva alcohol.

—Me gusta mantenerme sobria y bajo control.
Marina la miró y se le ocurrió una idea.
—Por cierto, ¿tú sabes jugar al voleibol?
—Eso es un deporte de niñas.
—No estoy de acuerdo, pero para mi propósito me vale tu punto de vista, puesto que tú has sido niña, ¿verdad?
—¿Es que te parezco un tío?
—Hoy en día no se puede asegurar nada.
Araña volvió a su cerveza.
—No juego al voleibol.
—¿Ni un poquito?
—No.
—¿Te gustaría aprender?
—En serio, ¿quieres que te cruja?
—Vale, vale... Entonces, si no has venido a estos cubos de basura para rogarme entrar en mi equipo, ¿a qué has venido?
—Quedo aquí cerca con mi banda, ¿algún problema?
—Ninguno, faltaría más. ¿Vives por aquí?
—No.
—¿Qué es lo que os atrae de mi barrio? ¿Las viviendas en obras? ¿Los descampados llenos de cardos? Son todas buenas opciones turísticas.
—¿Es que tienes ganas de conversación?
—Es el único momento en días que he tenido a solas. Hoy ha sido un día duro... ¿Te he dicho que nos ha entrenado un hombre que habla raro?
—¿Ya volvemos con lo del voleibol?
—Vale, perdona.

Araña bajó la guardia un poco para darle el gusto a su amiga de acera.

—¿Cómo que habla raro?

—¡Mira quién busca también conversación! No me mires así. Se comunicaba con Aury por gestos, pero ninguna entendíamos lo que decía. —Marina trató de repetir lo mejor que pudo la despedida de Yani.

—Suen a...

—¿Te suena?

—Tendría que escucharlo bien dicho, ya que tienes el oído de una cacerola, pero puede que se estuviera despidiendo de vosotras.

—¡Sí, eso hacía!

—Podría ser: «Nos vemos, chicas, ha sido un placer». O algo así.

—¿En serio? ¿De qué idioma lo has sacado?

—Del de mi madre. Es neerlandesa, está aquí como embajadora.

—¡Me meo! —exclamó Marina a carcajada limpia—. ¿Eres una pijita?

—Ahora sí que te crujía. Me piro.

—¡Oye! ¿Por qué no nos ayudas con esto? Queremos pedirle que sea nuestro entrenador, pero no nos entiende.

—Paso.

—Anda...

—Ni de coña.

